

Sagrada Familia de Nazaret

Todos los años celebramos a la Sagrada Familia de Nazaret el último domingo del año. Pero a menudo olvidamos que celebramos con pompa los acontecimientos más pobres y delicados de esta Familia. Obligados a dar a luz en una cueva, perseguidos de inmediato, teniendo que emigrar en medio de tantos peligros a un país extranjero para sobrevivir, y esto con un bebé y sin sustancia. Pero todo fue un acontecimiento de gracia, permitido por Dios Padre y anunciado en las Escrituras.

Leamos la hermosa historia que el mismo Don Bosco contó a sus muchachos de su tiempo.

La triste noticia. – La matanza de los inocentes. – La sagrada familia parte hacia Egipto.

El ángel del Señor dijo a José: Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto y quédate allí hasta que yo te avise. Mt. 2, 13.

Se oyó en lo alto la voz de queja, el lamento y el llanto de Raquel, que lloraba por sus hijos; y acerca de ellos no admite consuelo, porque ya no están. Jer. 31, 15.

La tranquilidad de la sagrada familia [después del nacimiento de Jesús] no debía ser duradera. Tan pronto como José regresó a la casa pobre de Nazaret, un ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: “Levántate, llévate al niño y a su madre, huye a Egipto y quédate allí hasta que yo te ordene volver. Porque Herodes buscará al niño para darle muerte.”

Y esto no era más que demasiado cierto. El cruel Herodes, engañado por los Magos y furioso por haber perdido tan buena oportunidad, para deshacerse de aquel a quien consideraba competidor al trono, había concebido el infernal designio de hacer degollar a todos los niños varones menores de dos años. Esta orden abominable fue ejecutada.

Un ancho río de sangre corrió por Galilea.

Entonces se cumplió lo que Jeremías había predicho: “Se oyó una voz en Ramá, una voz mezclada de lágrimas y lamentaciones. Es Raquel que llora a sus hijos y no quiere ser consolada; porque ya no están.” Estos pobres inocentes, cruelmente asesinados, fueron los primeros mártires de la divinidad de Jesucristo.

José había reconocido la voz del Ángel; ni se permitió reflexión alguna sobre la precipitada partida, a la que tuvieron que resolverse; sobre las dificultades de tan largo y peligroso viaje. Debió de lamentar al abandonar su pobre hogar para atravesar los desiertos en busca de asilo en un país que no conocía. Sin esperar siquiera a mañana, en cuanto el ángel desapareció se levantó y corrió a despertar a María. María preparó apresuradamente una pequeña provisión de ropas y víveres para llevarlos consigo. José, mientras tanto, preparó la yegua, y partieron sin pesar de su ciudad para obedecer el mandato de Dios. He aquí, pues, a un pobre anciano, que hace vanas las horribles conspiraciones del tirano de Galilea; es a él a quien Dios confía el cuidado de Jesús y de María.

Desastroso viaje – Una tradición.

Quando os persigan en esta ciudad, huid a otra. Mt. 10, 23.

Dos caminos se presentaban al viajero que deseaba ir a Egipto por tierra. Uno atravesaba desiertos poblados de bestias feroces, y los caminos eran incómodos, largos y poco transitados. El otro atravesaba un país poco visitado, pero los habitantes de la comarca eran muy hostiles a los judíos. José, que temía especialmente a los hombres en esta precipitada huida, eligió el primero de estos dos caminos como el más oculto.

Habiendo partido de Nazaret en plena noche, los cautelosos viajeros, cuyo itinerario les exigía pasar primero por Jerusalén, recorrieron durante algún tiempo los caminos más tristes y tortuosos. Cuando había que atravesar algún gran camino, José, dejando a Jesús y a su Madre al abrigo de una

roca, exploraba el camino, para cerciorarse de que la salida no estaba vigilada por los soldados de Herodes. Tranquilizado por esta precaución, volvía a buscar su precioso tesoro, y la sagrada familia proseguía su camino, entre barrancos y colinas. De vez en cuando, hacían una breve parada a la orilla de un claro arroyo y, tras una frugal comida, descansaban un poco de los esfuerzos del viaje. Cuando llegaba la noche, era hora de resignarse a dormir bajo el cielo abierto. José se despojaba de su manto y cubría con él a Jesús y a María para preservarlos de la humedad de la noche. Mañana, al amanecer, comenzaría de nuevo el arduo viaje. Los santos viajeros, tras pasar por la pequeña ciudad de Anata, se dirigieron por el lado de Ramla para descender a las llanuras de Siria, donde ahora debían verse libres de las asechanzas de sus feroces perseguidores. En contra de su costumbre, habían continuado caminando a pesar de que ya era de noche para ponerse antes a salvo. José casi tocaba el suelo antes que los demás. María, toda temblorosa por esta carrera nocturna, lanzaba sus miradas inquietas a las profundidades de los valles y a las sinuosidades de las rocas. De pronto, en una curva, un enjambre de hombres armados apareció para interceptar su camino. Era una banda de canallas, que asolaba la comarca, cuya espantosa fama se extendía a lo lejos. José había detenido la montura de María, y rezaba al Señor en silencio, pues toda resistencia era imposible. A lo sumo se podía esperar salvar la vida. El jefe de los bandidos se separó de sus compañeros y avanzó hacia José para ver con quién tenía que vérselas. La visión de aquel anciano sin armas, de aquel niño durmiendo sobre el pecho de su madre, conmovió el corazón sanguinario del bandido. Lejos de desearles ningún mal, tendió la mano a José, ofreciéndole hospitalidad a él y a su familia. Este líder se llamaba Disma. La tradición cuenta que treinta años más tarde fue apresado por los soldados y condenado a ser crucificado. Fue puesto en la cruz del Calvario al lado de Jesús, y es el mismo que conocemos bajo el nombre del buen ladrón.

Llegada a Egipto – Prodigios que ocurrieron a su entrada en esta tierra – Pueblo de Matarie – Morada de la Sagrada Familia.

He aquí que el Señor subirá sobre una nube ligera y entrará en Egipto, y ante su presencia se conmovieron los ídolos de Egipto. Is, 19 1.

Tan pronto como apareció el día, los fugitivos, dando gracias a los bandidos que se habían convertido en sus anfitriones, reanudaron su viaje lleno de peligros. Se dice que María, al ponerse en camino, dijo estas palabras al jefe de aquellos bandidos: “Lo que has hecho por este niño, algún día te será ampliamente recompensado.” Después de pasar por Belén y Gaza, José y María descendieron a Siria y, al encontrarse con una caravana que partía hacia Egipto, se unieron a ella. A partir de ese momento y hasta el final de su viaje, no vieron ante sí más que un inmenso desierto de arena, cuya aridez sólo se veía interrumpida a raros intervalos por algunos oasis, es decir, algunas extensiones de tierra fértil y verde. Sus esfuerzos se redoblaron durante la carrera a través de estas llanuras abrasadas por el sol. La comida escaseaba y a menudo faltaba el agua. ¡Cuántas noches José, que era viejo y pobre, se vio empujado hacia atrás, cuando trató de acercarse a la fuente, en la que la caravana se había detenido para saciar su sed!

Finalmente, tras dos meses de penoso viaje, los viajeros entraron en Egipto. Según Sozomeno, desde el momento en que la Sagrada Familia tocó esta antigua tierra, los árboles bajaron sus ramas para adorar al Hijo de Dios; las bestias feroces acudieron allí, olvidando sus instintos; y los pájaros cantaron a coro las alabanzas del Mesías. En efecto, si creemos lo que nos dicen autores fidedignos, todos los ídolos de la provincia, al reconocer al vencedor del paganismo, se derrumbaron. Así se cumplieron literalmente las palabras del profeta Isaías cuando dijo: “He aquí que el Señor subirá sobre una nube y entrará en Egipto, y en su presencia serán quebrantados los simulacros de Egipto.”

José y María, deseosos de llegar pronto al término de su viaje, no hicieron sino pasar por Heliópolis, consagrada al culto del sol, para dirigirse a Matari, donde pensaban descansar de sus fatigas.

Matari es una hermosa aldea sombreada por sicomoros, a unas dos leguas de El Cairo, la capital de Egipto. José pensaba establecerse allí. Pero allí no terminaban sus problemas. Necesitaba buscar alojamiento. Los egipcios no eran nada hospitalarios, por lo que la sagrada familia se vio obligada a refugiarse durante unos días en el tronco de un gran árbol viejo. Finalmente, tras una larga búsqueda, José encontró una modesta habitación, en la que colocó a Jesús y a María.

Esta casa, que aún puede verse en Egipto, era una especie de cueva, de seis metros de largo por cinco de ancho. Tampoco había ventanas; la luz tenía que penetrar por la puerta. Las paredes eran de una especie de arcilla negra y sucia, cuya vejez llevaba la huella de la miseria. A la derecha había una pequeña cisterna, de la que José sacaba agua para el servicio de la familia.

Penas. – Consolación y fin del destierro.

Con él estoy en la tribulación. Sal 91, 15.

Tan pronto como hubo entrado en esta nueva morada, José reanudó su trabajo ordinario. Comenzó a amueblar su casa; una mesita, unas sillas, un banco, todo obra de sus manos. Luego fue de puerta en puerta buscando trabajo para ganar el sustento de su pequeña familia. Sin duda experimentó muchos rechazos y soportó muchos desprecios humillantes. Era pobre y desconocido, y esto bastó para que su trabajo fuera rechazado. A su vez, María, mientras tenía mil cuidados para su Hijo, se entregó valientemente al trabajo, ocupando en él una parte de la noche para compensar los pequeños e insuficientes ingresos de su esposo. Sin embargo, en medio de sus penas, ¡cuánto consuelo para José! Trabajaba para Jesús, y el pan que comía el divino niño lo había comprado él con el sudor de su frente.

Y cuando al atardecer volvía agotado y oprimido por el calor, Jesús sonreía a su llegada y lo acariciaba con sus pequeñas manos. A menudo, con el precio de las privaciones que él mismo se imponía, José conseguía algunos ahorros, ¡qué alegría sentía entonces al poder emplearlos para endulzar la condición del divino niño! Ahora eran unos dátiles, ahora unos juguetes adecuados a su edad, lo que el piadoso carpintero llevaba al Salvador de los hombres. ¡Oh, qué dulces eran entonces las emociones del buen anciano al contemplar el rostro radiante de Jesús! Cuando llegó el sábado, día de descanso y consagrado al Señor, José tomó al niño de la mano y guio sus primeros pasos con una solicitud verdaderamente paternal.

Mientras tanto, moría el tirano que reinaba sobre Israel. Dios, cuyo brazo omnipotente castiga siempre a los culpables, le había enviado una cruel enfermedad, que lo llevó rápidamente a la tumba. Traicionado por su propio hijo, comido vivo por los gusanos, Herodes había muerto, llevando consigo el odio de los judíos y la maldición de la posteridad.

El nuevo anuncio. – Regreso a Judea. – Una tradición relatada por s. Buenaventura.

De Egipto llamé a mi hijo. Os 11, 1.

Siete años llevaba José en Egipto, cuando el Ángel del Señor, mensajero ordinario de la voluntad del Cielo, se le apareció de nuevo mientras dormía y le dijo: “Levántate, toma contigo al niño y a su madre, y vuelve a la tierra de Israel; porque ya no están los que buscaban al niño para darle muerte.” Siempre atento a la voz de Dios, José vendió su casa y sus muebles, y lo ordenó todo para partir. En vano los egipcios, extasiados por la bondad de José y la dulzura de María, hicieron fervientes súplicas para retenerlo. En vano le prometieron abundancia de todo lo necesario para la vida, José se mostró inflexible. Los recuerdos de su infancia, los amigos que tenía en Judea, la atmósfera pura de su patria, hablaban mucho más a su corazón que la belleza de Egipto. Además, Dios había hablado, y no hacía falta nada más para decidir a José a

regresar a la tierra de sus antepasados.

Algunos historiadores opinan que la sagrada familia hizo parte del viaje por mar, porque les llevaba menos tiempo, y tenían un gran deseo de volver a ver pronto su tierra natal. Nada más desembarcar en Ascalonia, José se enteró de que Arquelao había sucedido a su padre Herodes en el trono. Esto fue una nueva fuente de ansiedad para José. El ángel no le había dicho en qué parte de Judea debía establecerse. ¿Debía hacerlo en Jerusalén, o en Galilea, o en Samaria? José, lleno de ansiedad, rogó al Señor que le enviara su mensajero celestial durante la noche. El ángel le ordenó huir de Arquelao y retirarse a Galilea. José no tuvo entonces más que temer, y tomó tranquilamente el camino de Nazaret, que había abandonado siete años antes.

Que nuestros devotos lectores no se apenen al oír del seráfico Doctor s. Buenaventura sobre este punto de la historia: “Estaban en el acto de partir: y José fue primero con los hombres, y su madre vino con las mujeres (que habían venido como amigas de la sagrada familia para acompañarlos un poco). Cuando salieron por la puerta, José hizo retroceder a los hombres y no les permitió que le acompañaran más. Entonces algunos de aquellos buenos hombres, compadeciéndose de la pobreza de ellos, llamaron al Niño y le dieron algunos denarios para los gastos. El Niño se avergonzó de recibirlos; pero, por amor a la pobreza, extendió la mano, recibió el dinero con vergüenza y dio las gracias. Y así lo hicieron más personas. Aquellas honorables matronas le llamaron de nuevo e hicieron lo mismo; la madre no estaba menos avergonzada que el niño, pero, no obstante, les dio humildemente las gracias.”

Habiéndose despedido de aquella cordial compañía y renovado sus agradecimientos y saludos, la sagrada familia volvió sus pasos hacia Judea.

La memoria del futuro

Tenemos un sueño. Y es nuestra mayor riqueza

Hace doscientos años, un niño de nueve años, pobre y sin más futuro que ser agricultor, tuvo un sueño. Se lo contó por la mañana a su madre, a su abuela y a sus hermanos, que se rieron de él. La abuela concluyó: “No hagas caso a los sueños”. Muchos años después, aquel niño, Juan Bosco, escribió: “Yo era de la opinión de mi abuela, sin embargo, nunca fue posible quitarme aquel sueño de la cabeza”.

Porque no era un sueño como tantos otros y no murió al amanecer.

Volvió y volvió. Con una carga de energía abrumadora. Una fuente de seguridad gozosa y de fuerza inagotable para Juan Bosco. La fuente de su vida.

En el proceso diocesano para la causa de beatificación de Don Bosco, Don Rua, su primer sucesor, testimonió: “Me lo contó Lucia Turco, miembro de una familia donde D. Bosco iba a menudo a hospedarse con sus hermanos, que una mañana lo vieron llegar más alegre que de costumbre. Preguntado por la causa, respondió que había tenido un sueño durante la noche, que le había alegrado. Cuando se le pidió que lo relatara, dijo que había visto venir hacia él a una Señora, que llevaba tras de sí un rebaño muy numeroso, y que, acercándose a él, lo llamó por su nombre y le dijo: _Aquí Juan: todo este rebaño lo confío a tu cuidado. Luego oí decir a otros que él preguntó: _¿Cómo cuidaré de tantas ovejas? ¿Y de tantos corderos? ¿Dónde encontraré pastos para guardarlas? La Señora le respondió: _No temas, yo te ayudaré, y luego desapareció.

A partir de ese momento, sus deseos de estudiar para ser sacerdote se hicieron más ardientes; pero surgieron serias dificultades a causa de las estrecheces de su familia, y también por la oposición de su hermanastro Antonio, que hubiera querido que se dedicara a las labores del campo como él...”

Efectivamente, todo parecía imposible, pero el mandato de Jesús había sido “imperioso” y la asistencia de Nuestra Señora había sido dulcemente segura.

Don Lemoyne, primer historiador de Don Bosco, resumió así el sueño: “Le pareció ver al Divino Salvador vestido de blanco, radiante de la más espléndida luz, en el acto de conducir a una muchedumbre innumerable de jóvenes. Volviéndose hacia él, le había dicho: _Ven aquí: ponte a la cabeza de estos jóvenes y dirígelos tú mismo. _Pero yo no soy capaz, respondió Juan. El Divino Salvador insistió imperiosamente hasta que Juan se puso a la cabeza de aquella multitud de muchachos y comenzó a guiarlos tal como se le había ordenado”.

En el seminario, Don Bosco escribió una página de admirable humildad como motivación de su vocación: “El sueño de Morialdo siempre estuvo impreso en mí; es más, se había renovado otras veces de un modo mucho más claro, de modo que si quería creerlo tenía que elegir el estado eclesiástico, al que me sentía inclinado: pero él no quería creer en sueños, y mi modo de vida, y la falta absoluta de las virtudes necesarias para este estado hacían dudosa y muy difícil esa decisión”. Podemos estar seguros: había reconocido al Señor y a su Madre. A pesar de su modestia, no dudaba en absoluto de que había recibido la visita del Cielo. Tampoco dudaba de que esas visitas pretendían revelarle su futuro y el de su obra. Él mismo lo decía: “La Congregación Salesiana no ha dado un paso sin que se lo haya aconsejado un hecho sobrenatural. No ha llegado al punto de desarrollo en que se encuentra sin un mandato especial del Señor. Toda nuestra historia pasada, podríamos haberla escrito de antemano en sus más humildes detalles...”.

Por eso las Constituciones Salesianas comienzan con un “acto de fe”: “Con un sentido de humilde gratitud creemos que la Sociedad de San Francisco de Sales ha nacido no sólo por designio humano, sino por iniciativa de Dios”.

El testamento de Don Bosco

El mismo Papa pidió a Don Bosco que escribiera el sueño a sus hijos. Comenzó así: “¿Para qué servirá entonces esta obra?

Servirá de regla para superar las dificultades futuras, tomando lección del pasado; servirá para dar a conocer cómo Dios mismo ha guiado todo en todo momento; servirá a mis hijos de agradable diversión, cuando puedan leer las cosas en las que participó su padre, y las leerán con mucho más gusto cuando, llamado por Dios a dar cuenta de mis acciones, ya no esté entre ellos”.

Don Bosco revela claramente su intención de implicar al lector en la aventura narrada, hasta el punto de hacerle partícipe de ella como una historia que le concierne y que él, arrastrado por el relato, está llamado a continuar. La narración del sueño se convierte claramente en el “testamento” de Don Bosco. Está la misión: la transformación del mundo empezando por los más pequeños, los más jóvenes, los más abandonados. Está el método: la bondad, el respeto, la paciencia. Está la seguridad de la fuerte protección de la Santísima Trinidad y la protección tierna y maternal de María.

En las *Memorias del Oratorio*, Don Bosco cuenta que veinte años después del primer sueño, en 1824, tuvo “un nuevo sueño que parece ser un apéndice del que tuve en el Becchi cuando tenía nueve años. Soñé que me veía en medio de una multitud de lobos, de cabras y cabritos, de corderos, ovejas, carneros, perros y pájaros. Todos juntos hacían un ruido, un clamor o más bien un ruido diabólico que asustaría al más valiente. Quise salir corriendo, cuando una señora, muy bien vestida con forma de pastora, me hizo señas para que la siguiera y acompañara a aquel extraño rebaño, mientras ella se adelantaba... .

Después de mucho andar me encontré en un prado, donde aquellos animales saltaban y comían juntos sin que uno intentara hacer daño al otro. Oprimido por el cansancio, quise sentarme junto a un camino cercano, pero la pastora me invitó a continuar mi camino. Tras un corto trecho, me encontré en un vasto patio con un pórtico alrededor, al final del cual había una iglesia. Entonces me di cuenta de que cuatro quintas partes de aquellos animales se habían convertido en corderos. Su número se hizo entonces muy grande. En aquel momento llegaron varios pastores

para custodiarlos. Pero se detuvieron en seco y pronto se marcharon. Entonces ocurrió una maravilla. Muchos corderos se convirtieron en pastores y, a medida que crecían, cuidaban de los demás. Quise marcharme, pero la pastora me invitó a mirar el mediodía. “Mira otra vez”, me dijo, y volví a mirar. Entonces vi una iglesia alta y hermosa. En el interior de aquella iglesia había una banda blanca, en la que estaba escrito en grandes letras: *Hic domus mea, inde gloria mea.* (Esta es mi casa, de aquí [saldrá] mi gloria) Por eso, cuando entramos en la Basílica de María Auxiliadora, entramos en el sueño de Don Bosco. Que pide convertirse en “nuestro” sueño.

Don Bosco. Un Ave María al final de la Santa Misa

La devoción de San Juan Bosco a Nuestra Señora es bien conocida. Las gracias recibidas de María Auxiliadora, incluso las extraordinarias, milagrosas, son quizás también conocidas en parte. Probablemente menos conocida es la promesa hecha a la Virgen, de llevar al Paraíso, a aquellos que durante toda su vida hayan combinado un Ave María con la Santa Misa.

Que el santo tenía una puerta abierta en el Cielo a sus oraciones es bien sabido. Incluso como seminarista en el seminario, sus plegarias eran escuchadas, y para disimular esta intervención del Cielo empleó durante un tiempo el truco de las píldoras de pan en lugar de las medicinas milagrosas, hasta que fue descubierto por un verdadero farmacéutico. Las numerosas peticiones de intercesión y los muchos milagros que se produjeron en su vida, relatados abundantemente por sus biógrafos, confirman esta poderosa intercesión.

La promesa de tener consigo en el paraíso a varios miles de jóvenes, que recibió de la Santísima Virgen, lo confirman dos seminaristas que le oyeron contar en un intercambio de Ejercicios Espirituales para los seminaristas del Seminario Episcopal de Bérgamo. Uno de ellos era Angelo Cattaneo, futuro vicario apostólico de Honan del Sur en China, y dio testimonio en un documento dirigido a Don Miguel Rua, y otro, Stefano Scaini, que más tarde se hizo jesuita; también él dejó testimonio en un documento dirigido a los salesianos. He aquí el primer testimonio.

D. Bosco habló de las insidias que el diablo tendía a los jóvenes para distraerlos de la Confesión y les dijo que le hubiera gustado revelar a las personas que se lo pedían el estado espiritual de sus almas.

[...]

*Cuando, después de un sermón a los seminaristas [de Bérgamo], uno de ellos [Angelo Cattaneo] se presentó a Don Bosco con una lista de pecados en la mano, el Santo la arrojó al fuego y luego enumeró todos esos pecados como si los estuviera leyendo. Luego dijo a sus atentos oyentes que había obtenido la promesa de Nuestra Señora de tener consigo, en el paraíso, con varios miles de jóvenes, con la condición de que rezaran un Ave María todos los días durante la misa a lo largo de su vida terrenal. (Pilla Eugenio, *I sogni di Don Bosco*, p. 207)*

Y también la segunda.

Muy Reverendo Señor,

Muy complacido de poder aportar mi pequeño tributo de estima y afecto agradecido a la santa memoria de Don Bosco, le cuento algo que quizá no sea inútil para quienes tengan la fortuna de escribir su vida.

En el año 1861, fue el muy venerado Don Bosco a dictar los Ejercicios Espirituales a los seminaristas del Seminario Episcopal de Bérgamo, entre los que también me encontraba. Ahora bien, en uno de sus sermones nos dijo algo así: “En

cierta ocasión pude pedir a María Santísima la gracia de tener conmigo en el Paraíso a varios miles de jóvenes (creo que también dijo el número de miles, pero no lo recuerdo), y Nuestra Señora Santísima me lo prometió. Si el resto de ustedes también desea pertenecer a ese número, estaré encantado de inscribirles, con la condición de que recen un Ave María todos los días mientras vivan, y que, si es posible en el momento de oír la Santa Misa, o mejor dicho en el momento de la Consagración”.

No sé qué opinaron los demás de esta propuesta, pero por mi parte la acogí con alegría, dada la alta estima en que me tenía Don Bosco en aquellos días, y no falté ni un solo día que recuerde recitando el Ave María según esta intención. Pero con el paso de los años me asaltó una duda, que hice resolver al propio Don Bosco; y he aquí cómo.

La tarde del 3 de enero de 1882, encontrándome en Turín camino de Chieri para ingresar en el Noviciado de la Compañía de Jesús, pedí y obtuve permiso para hablar con Don Bosco. Me recibió con gran amabilidad, y habiéndole dicho que estaba a punto de entrar en el Noviciado de la Compañía, me dijo: – ¡Oh! ¡cómo lo disfruto! Cuando oigo que alguien entra en la Compañía de Jesús, siento tanto placer como si entrara entre mis salesianos.

Así que le dije: – Si me lo permite, me gustaría pedirle que me aclarara algo que me toca muy de cerca. Dígame, ¿recuerda cuando vino al seminario de Bérgamo para darnos los Ejercicios Espirituales? – Sí, me acuerdo. – ¿Recuerda que nos habló de una gracia pedida a la Virgen, etc.? – y le recordé sus palabras, el pacto, etc. – Sí, lo recuerdo – bueno, siempre he recitado ese Ave María; siempre la recitaré... pero... Su Señoría nos ha hablado de miles de jóvenes; yo ya estoy fuera de esta categoría... y por eso temo no pertenecer al número afortunado...

Y Don Bosco con gran confianza: – Siga rezando ese Ave María y estaremos juntos en el Paraíso. – Así que, habiendo recibido la Santa Bendición y besado su mano con afecto, me marché

lleno de consuelo y de la dulce esperanza de encontrarme un día en el Paraíso con él.

Si Su Señoría cree que esto puede ser de alguna gloria para Dios y de algún honor para la santa memoria de Don Bosco, sepa que estoy muy dispuesto a confirmar la sustancia de ello incluso con juramento.

Lomello, 4 de marzo de 1891.

Muy humilde y devoto servidor

V. Stefano Scaini S.I. [[MB VI,846](#)].

Estos testimonios dejan claro hasta qué punto la salvación eterna estaba en el corazón de Don Bosco. En todas sus iniciativas educativas y sociales, muy necesarias por otra parte, no perdía de vista el objetivo último de la vida humana, el Paraíso. Quería preparar a todos para este último examen de la vida, y por eso insistía en que se acostumbrara también a los jóvenes a hacer el ejercicio de la buena muerte cada fin de mes, recordando las últimas cosas, también llamadas los novísimos: la muerte, el juicio, el Cielo y el infierno. Y para ello había pedido y obtenido esta gracia especial de María Auxiliadora.

Por supuesto, hoy nos parece extraño que esta oración se hiciera durante la Santa Misa y también en el momento mismo de la Consagración. Pero, para entenderlo, hay que recordar que en tiempos de Don Bosco la Misa se celebraba íntegramente en latín, y como la inmensa mayoría de los fieles no conocía esta lengua, era fácil distraerse en lugar de rezar. Para poner remedio a esta inclinación humana solía recomendar diversas oraciones durante la celebración.

¿Podemos hoy recitar este Ave María al final de la celebración? El propio Don Bosco nos lo hace entender: "*posiblemente* durante el tiempo que escucháis la Santa Misa...". Es más, las normas litúrgicas actuales no recomiendan insertar otras oraciones fuera de las del Misal.

¿Podemos esperar que este Ave María también nos añada al número de beneficiarios de la promesa? Viviendo en gracia de

Dios, haciéndolo toda la vida, y por la respuesta de Don Bosco a Stefano Scaini: "Sigue recitando ese Ave María y estaremos juntos en el Paraíso", podemos responder afirmativamente.

San Francisco de Sales. La presencia de María (8/8)

[\(continuación del artículo anterior\)](#)

LA PRESENCIA DE MARÍA SEGÚN SAN FRANCISCO DE SALES (8/8)

La primera información que tenemos sobre la devoción a María en la familia Sales se refiere a la madre, la joven Francisca de Sionnaz, devota de la Virgen y fiel al rezo del Rosario. El amor por esta piadosa práctica pasa a su hijo, que siendo todavía muy joven se inscribe en la Cofradía del Rosario de Annecy comprometiéndose a rezarlo total o parcialmente cada día. La fidelidad a las cuentas de oración lo acompañará toda su vida.

La devoción a la Virgen continúa durante sus años parisinos. Entra en la Congregación de María, que reunía a la élite espiritual de los estudiantes de su internado.

Luego llega **la crisis espiritual** que se apodera de él a finales de 1586: durante varias semanas no come, no duerme, se desespera. Le ronda en la cabeza la idea de haber sido abandonado por el amor de Dios y de «no poder volver a ver nunca más su dulcísimo rostro». Hasta que un día de enero de 1587, a su regreso del internado, entra en la Iglesia de Saint-Étienne-des-Grès y se abandona a la Virgen: reza el Salve Regina y se libera de la tentación recobrando la serenidad.

Su oración y devoción a la Madre de Dios continúan sin duda durante sus años en Padua: a Ella debe haber confiado su vocación al sacerdocio...

El 18 de diciembre de 1593 es ordenado sacerdote, y seguramente habrá celebrado alguna misa en la Iglesia de Annecy dedicada a Notre Dame de Liesse (Nuestra Señora de la Alegría) para darle las gracias por haberlo llevado y guiado de la mano durante esos largos años de estudio.

Pasan los años y llegamos a agosto de 1603, cuando Francisco recibe una carta del arzobispo de Bourges en la que lo invita a predicar durante la siguiente Cuaresma en Dijon.

«Nuestra Congregación es fruto del viaje a Dijon», escribe a su amigo, el padre Pollien.

Es durante esta Cuaresma, que empieza el 5 de marzo de 1604, cuando Francisco conoce a la baronesa Juana Frémyot de Chantal. Comienza un viaje hacia Dios en busca de su voluntad, un viaje que durará seis años y que terminará el 6 de junio de 1610, día en que nace la Visitación con la entrada en el noviciado de Juana y de otras dos mujeres.

«Nuestra pequeña congregación es verdaderamente una obra del corazón de Jesús y de María». Y al cabo de poco tiempo añade con confianza: «Dios cuida de sus siervas y la Virgen les proporciona lo que necesitan».

Sus hijas se llamarán religiosas de la Visitación de Santa María.

Cuatrocientos años después de su fundación, el monasterio de la Visitación de París escribe que, para la Orden, esta escena del Evangelio sigue siendo siempre la fuente de inspiración de lo mejor de su espiritualidad.

«La contemplación y la alabanza del Señor unidas al servicio del prójimo, el espíritu de agradecimiento y humildad del Magnificat, la pobreza real que se abandona con infinita confianza a la bondad del Padre, la disponibilidad al Espíritu, el ardor misionero para revelar la presencia de

Cristo, la alegría en el Señor, María que guarda fielmente todas estas cosas en su corazón».

Juana de Chantal resume así el espíritu salesiano: «Un espíritu de profunda humildad hacia Dios y de gran dulzura hacia el prójimo», que son precisamente las virtudes que surgen inmediatamente de la contemplación vivida del misterio de la visitación.

En el tratado sobre el espíritu de simplicidad, Francisco dice a sus visitandinas:

«Debemos tener una confianza totalmente simple, que nos haga permanecer tranquilos en los brazos de nuestro Padre y de nuestra querida Madre con la certeza de que Nuestro Señor y Nuestra Señora, nuestra querida Madre, nos protegerán siempre con sus cuidados y su ternura maternal».

La visitación es el monumento vivo del amor de Francisco a la Madre de Jesús.

Su amigo, monseñor J. P. Camus, resume así el amor de Francisco a la Virgen:

«Verdaderamente grande fue su devoción a la Madre del espléndido amor, de la ciencia, del amor casto y de la santa esperanza. Desde sus primeros años se dedicó a venerarla».

En sus cartas, la presencia de María es como la levadura en la masa: discreta, silenciosa, activa y eficaz. No faltan las oraciones compuestas por el mismo Francisco.

El 8 de diciembre (!) de 1621, envía una a una visitandina:

«La gloriosa Virgen nos colme de su amor para que juntos, usted y yo, que hemos tenido la suerte de ser llamados y embarcados bajo su protección y en su nombre, cumplamos santamente nuestra navegación con humilde pureza y sencillez, para que un día podamos encontrarnos en el puerto de la salvación, que es el Paraíso».

Cuando escribe cartas en proximidad de alguna fiesta mariana, no pierde la oportunidad para mencionarla o inspirarse en ella

para una reflexión. Por ejemplo:

– para la Asunción de María al Cielo: «¡Que esta santa Virgen, con sus oraciones, nos haga vivir en este santo amor! Que este sea siempre el único objetivo de nuestro corazón».

– para la Anunciación: es el día «del saludo más bendito que jamás se haya dado a una persona. Suplico a esta gloriosa Virgen que le conceda algo del consuelo que Ella recibió».

¿Quién es María para Francisco?

a. Es la Madre de Dios

No solo madre, sino también... ¡abuela!

«Honre, reverencie y respete con un amor especial a la santa y gloriosa Virgen María: es la Madre de nuestro Padre soberano y, por tanto, también nuestra querida abuela. Recurramos a Ella como nietos, arrojémonos a sus rodillas con absoluta confianza; en todo momento, en toda circunstancia, apelemos a esta dulce Madre, invoquemos su amor maternal y, esforzándonos por imitar sus virtudes, tengamos para Ella un sincero corazón de hijos».

Nos lleva a Jesús: «¡Haced lo que Él os diga!».

«Si queremos que la Virgen pida a su Hijo que cambie el agua de nuestra tibieza en el vino de su amor, debemos hacer todo lo que Él nos diga. Hagamos bien lo que el Salvador nos diga, llenemos bien nuestros corazones con el agua de la penitencia, y esta agua tibia será transformada en vino de amor ferviente».

b. Es el modelo que debemos imitar

Al escuchar la Palabra de Dios.

«Recíbala en su corazón como un ungüento precioso, siguiendo el ejemplo de la Santísima Virgen que guardaba cuidadosamente en el suyo todas las alabanzas pronunciadas en honor de su Hijo».

Modelo para vivir con humildad.

«La Santísima Virgen, Nuestra Señora, nos ha dado un

grandísimo ejemplo de humildad pronunciando estas palabras: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”. Al decir que es la esclava del Señor, efectúa el mayor acto de humildad que se puede hacer e inmediatamente después realiza un excelentísimo acto de generosidad diciendo: “Hágase en mí según tu palabra”».

Modelo para vivir una santidad común.

«Si se quiere alcanzar la verdadera santidad, esta debe ser común, diaria, cotidiana como la de Nuestro Señor y Nuestra Señora».

Modelo para vivir con serenidad.

«Si se siente demasiado preocupada, calme su alma y trate de devolverle la tranquilidad. Imagine cómo trabajaba tranquilamente la Virgen con una mano mientras con la otra sostenía a Nuestro Señor, durante su infancia: lo sostenía en un brazo, sin apartar nunca de Él la mirada».

Modelo para entregarnos pronto a Dios.

«Oh, qué felices son las almas que, a imitación de esta santa Virgen, se consagran como primicias desde su juventud al servicio de Nuestro Señor».

c. Es la fuerza en el sufrimiento

El marido de la señora de Granieu sufre ataques de gota muy dolorosos.

Francisco comparte el sufrimiento del caballero y añade:

«Un dolor que nuestra santísima señora y abadesa (la Virgen María) puede aliviar en gran medida conduciéndole al Monte Calvario, donde tiene el noviciado de su monasterio enseñando no solo a sufrir bien, sino a sufrir con amor todo lo que nos sucede a nosotros y a nuestros seres queridos».

Concluyo con este espléndido pasaje que resalta el vínculo que une a María con el creyente cada vez que se acerca a la Eucaristía:

«Quiere convertirse en pariente de la Virgen María? ¡Comulgue!

Pues al recibir el Santo Sacramento recibe la carne de su carne y la sangre de su sangre, ya que el preciado cuerpo del Salvador, que está en la divina Eucaristía, ha sido hecho y formado con su purísima sangre y con la colaboración del Espíritu Santo. Visto que no puede ser pariente de la Virgen como lo era Isabel, séalo imitando sus virtudes y su vida santa».

Historia de la construcción de la Iglesia de María Auxiliadora (3/3)

[\(continuación del artículo anterior\)](#)

Siempre en acción

Pero Providencia necesita que sea “buscada”. Y en agosto Don Bosco volvió a escribir al Conde Cibrario, Secretario de la Orden de Mauricio, para recordarle que había llegado el momento de cumplir la segunda parte del compromiso financiero que había contraído dos años antes. Desde Génova, afortunadamente, recibió sustanciosas ofertas del conde Pallavicini y de los condes Viancino di Viancino; otras ofertas le llegaron en septiembre de la condesa Callori di Vignale e igualmente de otras ciudades, Roma y Florencia en particular.

Sin embargo, pronto llegó un invierno muy frío, con el consiguiente aumento de los precios de productos de consumo, incluido el pan. Don Bosco entró en una crisis de liquidez. Entre alimentar a cientos de bocas y suspender las obras, se

ve obligado a elegir. Así pues, las obras de la iglesia se estancaron, mientras crecían las deudas. Así que, el 4 de diciembre, Don Bosco tomó papel y bolígrafo y escribió al Caballero Oreglia en Roma: "Recoge mucho dinero y luego vuelve, porque no sabemos de dónde sacar más". Es cierto que la Virgen siempre pone de su parte, pero al final del año, todos los proveedores piden dinero". ¡Espléndido!

9 de junio de 1868: consagración solemne de la iglesia de María Auxiliadora

En enero de 1868, Don Bosco se dedicó a terminar la decoración interior de la iglesia de María Auxiliadora.

En Valdocco la situación seguía siendo bastante grave. Don Bosco escribió a Cav. Oreglia en Roma: "Aquí seguimos con un frío muy intenso: hoy ha llegado a los 18 grados bajo cero; a pesar del fuego de la estufa el hielo de mi habitación no ha podido derretirse. Hemos atrasado la hora de despertar a los jóvenes, y como la mayoría siguen vestidos de verano, cada uno se ha puesto dos camisas, una chaqueta, dos pares de calzones, abrigos militares; otros mantienen las mantas de la cama sobre los hombros durante todo el día y parecen otras tantos disfrazados de carnaval".

Afortunadamente, una semana después el frío disminuyó y el metro de nieve comenzó a derretirse.

Mientras tanto, en Roma se preparaba la medalla conmemorativa. Don Bosco, al tenerla en sus manos, mandó hacer correcciones en la inscripción y reducir a la mitad el grosor para ahorrar dinero. Sin embargo, el dinero recaudado fue siempre inferior a las necesidades. Así, la colecta para la capilla de Santa Ana promovida por las mujeres de la nobleza florentina, en particular la condesa Virginia Cambray Digny, esposa del ministro de Agricultura, Finanzas y Comercio, a mediados de febrero seguía siendo una sexta parte del total (6000 liras). Sin embargo, Don Bosco no desesperó e invitó a la Condesa a Turín: "Espero que en alguna ocasión pueda visitarnos y ver con sus propios ojos este majestuoso edificio para nosotros,

del que se puede decir que cada ladrillo es una ofrenda hecha por los que ahora están cerca y ahora lejos pero siempre por gracia recibida”.



Altar inicial de la Iglesia de María Auxiliadora

Y así fue realmente, si al principio de la primavera se lo repitió a su habitual caballero (y lo imprimiría poco después en el libro conmemorativo Maravilla de la madre de Dios invocada bajo el título de María Auxiliadora): “Estoy enfrascado en gastos, muchas facturas que saldar, todo el trabajo que reanudar; haz lo que pueda, pero rece con fe. ¡Creo que ha llegado el momento de los que quieren la gracia de María! Vemos uno cada día’.

Los preparativos de la fiesta

A mediados de marzo, el arzobispo Riccardi fijó la consagración de la iglesia para la primera quincena de junio. Para entonces todo estaba listo: los dos campanarios de la fachada coronados por dos arcángeles, la gran estatua dorada de la cúpula ya bendecida por el arzobispo, los cinco altares de mármol con sus respectivas pinturas, incluida la maravillosa de María Auxiliadora con el niño en brazos, rodeada de ángeles, apóstoles, evangelistas, en un resplandor de luz y color.

Se puso entonces en marcha un plan excepcional para la preparación. En primer lugar, se trataba de encontrar al obispo consagrante; después, de contactar con varios obispos para las celebraciones solemnes de la mañana y la tarde de cada día del Octavario; a continuación, de cursar invitaciones personales a decenas de distinguidos benefactores, sacerdotes y laicos de toda Italia, muchos de los cuales debían ser dignamente acogidos en la casa; por último, de preparar a cientos de niños tanto para solemnizar con cantos las ceremonias pontificales y litúrgicas, como para participar en

academias, juegos, desfiles, momentos de alegría y felicidad.

Al fin el gran día

Tres días antes del 9 de junio, los chicos del internado de Lanzo llegaron a Valdocco. El domingo 7 de junio, "L'Unità Cattolica" publicó el programa de las celebraciones, el lunes 8 de junio llegaron los primeros invitados y se anunció la llegada del duque de Aosta en representación de la Familia Real. También llegaron los chicos del internado de Mirabello. Los cantantes pasaron horas ensayando la nueva misa del maestro De Vecchi y el nuevo *Tantum ergo* de Don Cagliero, así como la solemne antífona *Maria succurre miseris* del propio Cagliero, que se había inspirado en la polifónica *Tu es Petrus* de la basílica vaticana.

A la mañana siguiente, 9 de junio, a las 5.30 horas, pasando entre una doble fila de 1.200 festeros y cantores, el arzobispo hizo el triple recorrido por la iglesia y después, con el clero, entró en el templo para realizar a puerta cerrada las ceremonias previstas de consagración de los altares. Hasta las 10.30 no se abrió la iglesia al público, que asistió a la misa del arzobispo y a la siguiente de Don Bosco.

El arzobispo regresó por la tarde para las vísperas pontificales, solemnizadas por el triple coro de cantores: 150 tenores y bajos a los pies del altar de San José, 200 sopranos y contraltos en la cúpula, otros 100 tenores y bajos en el sitio de la orquesta. Don Cagliero los dirigió, aún sin verlos a todos, a través de un artilugio eléctrico diseñado para la ocasión.



La antigua sacristía de la Iglesia de María Auxiliadora

Fue un triunfo de la música sacra, un encantamiento, algo celestial. Indescriptible fue la emoción de los presentes, que al salir de la iglesia pudieron admirar también la iluminación

exterior de la fachada y la cúpula coronada por la estatua iluminada de María Auxiliadora.

¿Y Don Bosco? Todo el día rodeado de una multitud de bienhechores y amigos, conmovido más allá de las palabras, no hizo más que alabar a Nuestra Señora. Un sueño “imposible” se había hecho realidad.

Una octava igualmente solemne

Las celebraciones solemnes se alternaron mañana y tarde durante todo el octavario. Fueron días inolvidables, los más solemnes que Valdocco había visto jamás. No en vano Don Bosco las propagó inmediatamente con la robusta publicación [“Recuerdo de una solemnidad en honor de María Auxiliadora”](#).

El 17 de junio volvió un poco de paz a Valdocco, los jóvenes huéspedes volvieron a sus escuelas, los devotos a sus casas; a la iglesia aún le faltaban acabados interiores, ornamentos, mobiliario... Pero la devoción a María Auxiliadora, que para entonces se había convertido en la “Virgen de Don Bosco” se escapó rápidamente y se extendió por todo el Piamonte, Italia, Europa y América Latina. Hoy existen en el mundo cientos de iglesias dedicadas a ella, miles de altares, millones de cuadros y pequeñas imágenes. Don Bosco repite hoy a todos, como al P. Cagliero cuando partió para las misiones en noviembre de 1875: “Confíen todo a Jesucristo Sacramentado y a María Auxiliadora y verán lo que son los milagros”.

3/3 >>> ω

Historia de la construcción de la Iglesia de María

Auxiliadora (2/3)

[\(continuación del artículo anterior\)](#)

La lotería

La autorización se concedió muy rápidamente, por lo que la compleja maquinaria de recogida y evaluación de los regalos y de venta de los boletos se puso en marcha de inmediato en Valdocco: todo según lo indicado en el plan de reglamento difundido en la prensa. Fue el cav. Federico Oreglia di Santo Stefano, coadjutor salesiano, quien se ocupó personalmente de obtener nombres de personas destacadas para incluirlos en el catálogo de los promotores, solicitar otros regalos y encontrar compradores o “vendedores” de billetes de lotería. Por supuesto, la lotería se publicitó en la prensa católica de la ciudad, aunque sólo después del cierre de la lotería de sordomudos, a principios de junio.

Las obras continuaron, los gastos también, incluso las deudas

El 4 de junio las obras de albañilería se encontraban ya a dos metros del suelo, pero el 2 de julio Don Bosco se vio obligado a recurrir urgentemente a un generoso benefactor, para que el maestro de obras Buzzetti pudiera pagar la “quincena a los obreros” (8000 euros). Pocos días después volvió a pedir a otro noble benefactor si podía comprometerse a pagar al menos una parte de los cuatro lotes de tejas, tablones y listones para el tejado de la iglesia a lo largo del año, lo que suponía un gasto total de unas 16.000 liras (64.000 euros). El 17 de julio le tocó el turno a un sacerdote promotor de la lotería al que se le pidió ayuda urgente para pagar “otra quincena de los obreros”: Don Bosco le sugirió que consiguiera el dinero con un préstamo bancario inmediato, o más bien que lo preparara para el fin de semana, cuando él mismo iría a recogerlo, o mejor aún, que lo trajera directamente a Valdocco, donde podría ver en persona la iglesia en construcción. En resumen, navegábamos a ojo y el riesgo de hundirnos por falta de liquidez se renovaba cada mes.

El 10 de agosto, envió los formularios impresos a la condesa Virginia Cambray Digny, esposa del alcalde de Florencia, la nueva capital del Reino, invitándola a promover personalmente la lotería. A finales de mes, parte de las paredes ya estaban en el tejado. Y poco antes de Navidad, envió 400 billetes al marqués Angelo Nobili Vitelleschi de Florencia con la petición de que los distribuyera entre la gente conocida.

La búsqueda de donativos para la lotería de Valdocco y la venta de los billetes continuarían en los años siguientes. Las circulares de Don Bosco se extenderían especialmente por el centro norte del país. Incluso los benefactores de Roma, el mismísimo Papa, desempeñarían su papel. Pero, ¿por qué se habrían comprometido a vender billetes de lotería para construir una iglesia que no era la suya, además en una ciudad que acababa de dejar de ser la capital del Reino (enero de 1865)?

Las motivaciones podían ser varias, entre ellas obviamente la de ganar algún bonito premio, pero sin duda una de las más importantes era de carácter espiritual: a todos aquellos que habían contribuido a construir la “casa de María” en la tierra, en Valdocco, mediante limosnas en general o el pago de estructuras u objetos (ventanas, vidrieras, altar, campanas, ornamentos...) Don Bosco, en nombre de la Virgen María, les garantizaba un premio especial: un “bello alojamiento”, una “habitación” pero no en cualquier sitio, sino “en el paraíso”.

La Virgen hace limosna para su iglesia

El 15 de enero de 1867, la Prefectura de Turín promulgó un decreto por el que se fijaba el sorteo de los billetes de lotería para el 1 de abril. Desde Valdocco hubo prisa por enviar los billetes restantes a toda Italia, con la petición de devolver los no vendidos a mediados de marzo, para que pudieran ser enviados a otros lugares antes del sorteo.

Don Bosco, que ya se preparaba para un segundo viaje a Roma a finales de diciembre de 1866 (9 años después del primero), con escala en Florencia, para intentar llegar a un acuerdo entre

el Estado y la Iglesia sobre el nombramiento de nuevos obispos, aprovechó la ocasión para recorrer la red de sus amistades florentinas y romanas. Consigue vender muchos fajos de billetes, hasta el punto de que su compañero de viaje, Don Francesia, solicita al envío de otros, porque “todos quieren algo”.



La basílica y la plaza primitiva

Si en este momento la caritativa Turín, degradada de su papel de capital del Reino, está en crisis, Florencia, en cambio, crece y hace su parte con muchas nobles generosas; Bolonia no es menos digna, con el marqués Próspero Bevilacqua y la condesa Sassatelli. Milán no falta, aunque fue a la milanese Rosa Guenzati a quien Don Bosco confió el 21 de marzo: “La lotería está llegando a su fin y aún nos quedan muchos billetes”.

¿Cuál fue el resultado económico final de la lotería? Unas 90.000 liras [328.000 euros], una bonita suma, podría decirse, pero era sólo una sexta parte del dinero ya gastado; tanto es así que el 3 de abril Don Bosco tuvo que pedir a un benefactor un préstamo urgente de 5.000 liras [18.250 euros] para un pago inaplazable de materiales de construcción: se le había pasado un ingreso previsto.

Nuestra Señora interviene

La semana siguiente Don Bosco, negociando sobre los altares laterales con la condesa Virginia Cambray Digny de Florencia – ella había promovido personalmente una colecta de fondos para un altar que se dedicaría a Santa Ana (madre de Nuestra Señora) – le informó de la reanudación de las obras y de la esperanza (que resultó vana) de poder inaugurar la iglesia en el plazo de un año. Siempre contando con las ofrendas por las gracias que Nuestra Señora concede continuamente a las oblatas, escribe a todo el mundo, a la propia Cambray Digny, a

la señorita Pellico, hermana del famoso Silvio, etc. Algunos bienhechores, incrédulos, le pidieron confirmación y Don Bosco se la reiteró.



La Basílica de María Auxiliadora tal y como la construyó Don Bosco

Las gracias aumentaban, su fama se extendía y Don Bosco tenía que contenerse porque, como escribió el 9 de mayo al caballero Oreglia di S. Stefano, salesiano enviado a Roma en busca de caridad: “No puedo escribirle porque estoy interesado”. De hecho, n a o podía dejar de poner al día a su limosnero al mes siguiente: “Un señor al que se le curó un brazo trajo inmediatamente 3.000 liras [11.000 euros] con las que se pagaron parte de las deudas del año anterior... Nunca he presumido de cosas extraordinarias; siempre he dicho que Nuestra Señora Auxiliadora ha concedido y concede gracias extraordinarias a quienes contribuyen de algún modo a la construcción de esta iglesia. Siempre he dicho y digo: ‘la ofrenda se hará cuando se reciba la gracia, no antes’ [cursiva en el original]”. Y el 25 de julio a la condesa Callori le habló de una niña que recibió, “lunática y furiosa” retenida por dos hombres; en cuanto fue bendecida se calmó y se confesó.

Si la Virgen es activa, Don Bosco desde luego no se queda quieto. El 24 de mayo envió otra circular para la erección y equipamiento de la capilla de los Sagrados Corazones de Jesús y María: adjuntaba un formulario para la ofrenda mensual, mientras pedía a todos una avemaría para los obladores. El mismo día, con un notable “coraje” pregunta a la Madre Galeffi, de las Oblatas de Tor de Specchi en Roma, si los 2000 scudi prometidos tiempo atrás para el altar de los Sagrados Corazones forman parte de su renovada voluntad de hacer otras cosas por la iglesia. El 4 de julio, agradece al príncipe Orazio Falconieri di Carpegna de Roma la donación de un cáliz

y una ofrenda para la iglesia. Escribe a todos que la iglesia progresa y espera los regalos prometidos, como altares para la capilla, campanas, balaustradas, etc. Las grandes ofrendas proceden pues de los aristócratas, los príncipes de la iglesia, pero no falta la “ofrenda de la viuda”, las ofrendas pequeñas de la gente sencilla: “La semana pasada, en pequeñas ofrendas hechas por gracias recibidas, se registraron 3800 francos» [12.800 euros].

El 20 de febrero de 1867, la “Gazzetta Piemontese” daba la siguiente noticia: “A las numerosas calamidades que afligen a Italia – [piénsese en la tercera guerra de independencia que acaba de terminar], hay que añadir ahora la reaparición del cólera”. Fue el comienzo de la pesadilla que amenazaría a Italia durante los doce meses siguientes, con decenas de miles de muertos en todo el país, incluida Roma, donde la enfermedad también se cobró víctimas entre los dignatarios civiles y eclesiásticos.

Los bienhechores de Don Bosco estaban preocupados, pero él les tranquilizó: “ninguno de los que participan en la construcción de la iglesia en honor de María será víctima de estas enfermedades, mientras pongan su confianza en ella”, escribió a principios de julio a la duquesa de Sora.

[\(continuación\)](#)

Historia de la construcción de la Iglesia de María Auxiliadora (1/3)

“Ella lo hizo todo, Nuestra Señora”, estamos acostumbrados a leer en la literatura espiritual salesiana, para indicar que

la Virgen estuvo en el origen de toda la historia de Don Bosco. Si aplicamos la expresión a la construcción de la iglesia de María Auxiliadora, se encuentra un fuerte espesor de verdad documentadísima, teniendo siempre presente que, junto a la intervención celestial, Don Bosco también desempeñó su papel, ¡y de qué manera!

El lanzamiento de la idea y las primeras promesas de subvenciones (1863)

A finales de enero, principios de febrero de 1863, Don Bosco difundió una amplia circular sobre la finalidad de una iglesia, dedicada a María Auxiliadora, que tenía en mente construir en Valdocco: debía servir a la multitud de jóvenes allí acogidos y a las veinte mil almas de los alrededores, con la posibilidad ulterior de ser erigida en parroquia por la autoridad diocesana.

Poco después, el 13 de febrero, informó al Papa Pío IX, no sólo de que la iglesia era una parroquia, sino de que ya estaba “en construcción”. De Roma obtuvo el resultado deseado: a finales de marzo, recibió 500 liras. Agradeciendo al cardenal de Estado Antonelli la subvención recibida, escribió que “los trabajos... están a punto de comenzar”. De hecho, en mayo compró el terreno y madera para la obra y en verano comenzaron los trabajos de excavación, que se prolongaron hasta el otoño.

En vísperas de la fiesta de María Auxiliadora, el 23 de mayo, el Ministerio de Gracia, Justicia y Culto, tras escuchar al alcalde, el marqués Emanuele Luserna, se declaró dispuesto a conceder una subvención. Don Bosco aprovechó la ocasión para hacer un llamamiento inmediato a la generosidad del primer Secretario de la Orden de Mauricio y del alcalde. Les envió un doble llamamiento en la misma fecha: al primero, en privado, le pidió la mayor subvención posible, recordándole el compromiso que había contraído con ocasión de su visita a Valdocco; al segundo, de manera formal, oficial, hizo lo mismo, pero deteniéndose en los detalles de la iglesia que debía construirse.

Las primeras respuestas interlocutorias

Las peticiones de ofrendas fueron seguidas de respuestas. La del 29 de mayo del secretario de la Orden de Mauricio fue negativa para el año en curso, pero no para el año siguiente, cuando se pudo presupuestar una subvención no especificada. En cambio, la respuesta del Ministerio del 26 de julio fue positiva: se asignaron 6.000 liras, pero la mitad se entregaría cuando se pusieran los cimientos a nivel del suelo, y la otra mitad cuando se techara la iglesia; todo, sin embargo, estaba condicionado a la inspección y aprobación de una comisión especial del gobierno. Finalmente, el 11 de diciembre llegó la respuesta, desgraciadamente negativa, del consejo municipal: la contribución financiera del municipio sólo estaba prevista para las iglesias parroquiales, y la de Don Bosco no. Tampoco podía serlo fácilmente, dada la sede vacante de la archidiócesis. Don Bosco se tomó entonces unos días de reflexión y en Nochebuena reafirmó al alcalde su intención de construir una gran iglesia parroquial para dar servicio al "barrio densamente poblado". Si la subvención municipal fracasaba, tendría que limitarse a una iglesia mucho más pequeña. Pero el nuevo llamamiento también cayó en saco roto.

El año 1863 terminó así para Don Bosco con pocas cosas concretas, salvo algunas promesas generales. Había motivos para el desánimo. Pero si los poderes públicos fallaban en materia económica, pensaba Don Bosco, la Divina Providencia no fallaría. De hecho, había experimentado su fuerte presencia unos quince años antes, durante la construcción de la iglesia de San Francisco de Sales. Por ello, confió al ingeniero Antonio Spezia, ya conocido por él como un excelente profesional, la tarea de elaborar el plano de la nueva iglesia que tenía en mente. Entre otras cosas, debía trabajar, una vez más, gratuitamente.

El año decisivo (1864)

En poco más de un mes el proyecto estaba listo, y a finales de

enero de 1864 fue entregado a la comisión municipal de obras. Entretanto, Don Bosco había solicitado a la dirección de los Ferrocarriles del Estado de la Alta Italia que transportara gratuitamente las piedras desde Borgone, en el bajo valle de Susa, hasta Turín. El favor le fue concedido rápidamente, pero no así a la Comisión de Construcción. De hecho, a mediados de marzo, rechazó los planos entregados por “irregularidad de construcción”, con la invitación al ingeniero a modificarlos. Presentados de nuevo el 14 de mayo, volvieron a ser considerados defectuosos el 23 de mayo, con una nueva invitación a tenerlos en cuenta; alternativamente, se sugirió que se considerara un diseño diferente. Don Bosco aceptó la primera propuesta, el 27 de mayo se aprobó el proyecto revisado y el 2 de junio el Ayuntamiento expidió la licencia de obras.



Primera foto de la Iglesia de María Auxiliadora

Mientras tanto, Don Bosco no había perdido el tiempo. Había pedido al alcalde que le trazara la alineación exacta Via Cottolengo hundida, para poder levantarla a sus expensas con material procedente de la excavación de la iglesia. Además, había hecho circular por el centro y el norte de Italia, a través de algunos benefactores de confianza, una circular impresa en la que exponía las razones pastorales de la nueva iglesia, sus dimensiones y sus costes (que en realidad se cuadruplicaron en el transcurso de la construcción). El llamamiento, dirigido sobre todo a los “devotos de María”, iba acompañado de un formulario de inscripción para quienes desearan indicar por adelantado la suma que pagarían en el trienio 1864-1866. La circular también indicaba la posibilidad de ofrecer materiales para la iglesia u otros artículos necesarios para ella. En abril se publicó el anuncio en el Boletín Oficial del Reino y en “L’Unità Cattolica”.

Los trabajos continuaron y Don Bosco no podía estar ausente

debido a las constantes peticiones de cambios, especialmente en lo referente a las líneas de demarcación de la irregular Vía Cottolengo. En septiembre envió una nueva circular a un círculo más amplio de benefactores, siguiendo el modelo de la anterior, pero con la especificación de que la obra estaría terminada en tres años. También envió una copia a los príncipes Tommaso y Eugenio de la Casa de Saboya y al alcalde Emanuele Luserna di Rorà; sin embargo, sólo les pidió de nuevo que colaboraran en el proyecto rectificando la Via Cottolengo.

Deudas, una lotería y mucho valor

A finales de enero de 1865, en la fiesta de San Francisco de Sales, cuando los salesianos de varias casas estaban reunidos en Valdocco, Don Bosco les comunicó su intención de iniciar una nueva lotería para recaudar fondos para la continuación de los trabajos (de excavación) de la iglesia. Sin embargo, tuvo que posponerla debido a la presencia simultánea en la ciudad de otra a favor de los sordomudos. Como consecuencia, los trabajos, que se habrían reanudado en primavera tras la pausa invernal, no tuvieron cobertura financiera. Así que Don Bosco pidió urgentemente a su amigo y cohermano de Mornese, Don Domenico Pestarino, un préstamo de 5000 liras (20.000 euros). No quería recurrir a un préstamo bancario demasiado oneroso en la capital. Por si los espinosos problemas financieros no fueran suficientes, surgieron otros al mismo tiempo con los vecinos, en particular los de la casa Bellezza. Don Bosco tuvo que pagarles una indemnización por la renuncia al paso por la Via della Giardiniera, que fue por tanto suprimida.

Colocación solemne de la primera piedra

Por fin llegó el día de la colocación de la primera piedra de la Basílica de María Auxiliadora, el 27 de abril de 1865. Tres días antes, Don Bosco hizo públicas las invitaciones, en las que anunciaba que Su Alteza Real el Príncipe Amadeo de Saboya colocaría la primera piedra, mientras que la función religiosa sería presidida por el Obispo de Casale, Monseñor Pietro Maria Ferrè. Sin embargo, este último falleció en el último momento

y la solemne ceremonia fue celebrada por el obispo de Susa, monseñor Giovanni Antonio Odone, en presencia del prefecto de la ciudad, el alcalde, varios concejales, benefactores, miembros de la nobleza de la ciudad y la Comisión de Lotería. La comitiva del duque Amedeo fue recibida al son de la marcha real por la banda de música y el coro infantil de alumnos de Valdocco y Mirabello. La prensa de la ciudad hizo de caja de resonancia del acontecimiento festivo y Don Bosco, por su parte, captando su gran significado político-religioso, amplió su alcance histórico con sus propias publicaciones.



Plaza e Iglesia María Auxiliadora

Tres días más tarde, en una larga y dolorosa carta al Papa Pío IX sobre la difícil situación en la que se encontraba la Santa Sede ante la política del Reino de Italia, mencionó la iglesia ya con sus muros fuera de la tierra. Pidió una bendición para la empresa en curso y donativos para la lotería que estaba a punto de lanzar. De hecho, a mediados de mayo, solicitó formalmente la autorización de la Prefectura de Turín, justificándola con la necesidad de saldar las deudas de los distintos oratorios de Turín, proporcionar alimentos, ropa, alojamiento y escolarización a los cerca de 880 alumnos de Valdocco y continuar las obras de la iglesia de María Auxiliadora. Obviamente, se comprometió a respetar todas las numerosas disposiciones legales al respecto.

[\(continuación\)](#)

María Auxiliadora en la ciudad del calor eterno

“Una vez más he podido comprobar por mí mismo, viajando por el mundo salesiano, que María Auxiliadora – como prometió Don Bosco – es un faro de luz, un puerto seguro, el amor maternal de su hijo y de todos nosotros”.

Queridos amigos de Don Bosco, del Boletín Salesiano y de su precioso carisma, como hago a menudo quiero compartir con vosotros, en este mes de mayo, un acontecimiento que viví recientemente y que me tocó el corazón y, al mismo tiempo, me hizo reflexionar mucho sobre la responsabilidad que tenemos hacia la devoción a María Auxiliadora.

El día que Juan Bosco ingresó en el seminario, Mamá Margarita le dijo: “Cuando viniste al mundo, te consagré a la Santísima Virgen: cuando comenzaste tus estudios te recomendé la devoción a esta Madre nuestra: ahora te recomiendo que seas todo suyo: ama a los compañeros devotos de María; y si llegas a ser sacerdote, recomienda y propaga siempre la devoción a María”. Al terminar estas palabras mi madre se conmovió: yo lloraba: “Madre, le respondí, te doy las gracias por todo lo que has dicho y hecho por mí; estas palabras tuyas no serán dichas en vano y las tendré como un tesoro durante toda mi vida”.

Como recuerdan a menudo nuestras Memorias, Don Bosco se arrojó en los brazos de la divina Providencia, como un niño en los de su madre.

Una ciudad salesiana



A finales de marzo, cuando viajé de nuevo a Perú – a América Latina – quise ir al noroeste del país y visitar una ciudad y una presencia salesiana muy significativa. Por varias razones.

En primer lugar, porque Piura es llamada por los propios lugareños “la ciudad del calor eterno” o incluso “la ciudad donde el verano nunca termina”, ciertamente allí hace mucho calor y la humedad la hace aún más calurosa.

Pero al mismo tiempo es una ciudad muy salesiana. Más de un siglo de presencia aquí ha marcado el espíritu de la gente con un estilo educativo y relacional muy familiar, muy sencillo, en definitiva, muy salesiano.

Sobre todo, es una ciudad muy mariana, y en la órbita de las dos presencias salesianas es muy devota de María Auxiliadora.

Por último, me gustaría destacar el magnífico servicio educativo que se ha prestado desde el inicio de la presencia con el colegio Don Bosco y sobre todo, en las últimas décadas, con la presencia salesiana en Bosconia, una humilde y hermosa presencia en uno de los barrios más conflictivos, más periféricos y más pobres, y donde, gracias al compromiso de tantas personas (tanto de la sociedad civil como de la Iglesia) y sobre todo gracias al carisma de Don Bosco, esta parte de la ciudad sigue transformándose, dando oportunidades de formación profesional a cientos de chicos y chicas que, donde no habrían tenido ninguna oportunidad, hoy salen de esta casa salesiana con una profesión aprendida, practicada y capacitados para el mundo laboral.

En Bosconia existe incluso un magnífico centro médico salesiano dirigido por una rama de nuestra familia, las Hermanas Salesianas.

Creo que he descrito rápidamente lo que encontré en la “ciudad del calor eterno”. Todo es digno de mención, pero me conmovió especialmente la profunda devoción a María Auxiliadora. Casi inesperadamente -porque sólo un par de semanas antes había anunciado que me gustaría venir- me encontré a las 6 de la tarde de un día laborable normal en medio de una multitud de más de tres mil personas que se habían reunido para celebrar la Eucaristía en honor de nuestra Madre Auxiliadora.

Vi cientos de niños y jóvenes con sus padres, docenas y docenas de niños, niñas y adolescentes de los diversos oratorios salesianos locales, profesores, educadores, etc.

El "calor eterno de la ciudad" parecía poca cosa comparado con la fe, la devoción, la interioridad y la oración, el canto y todo lo demás que imaginé que llenaba los corazones de aquellas personas, igual que llenaba el mío.

Una vez más pude comprobar por mí mismo viajando por el mundo salesiano, que María Auxiliadora -como prometió Don Bosco- es un faro de luz, un refugio seguro, el amor maternal de su hijo y de todos nosotros, sus hijos e hijas. Ella es, en definitiva, la MADRE en la que nos abandonamos y que siempre nos conducirá a su amado Hijo. También vi esto en Piura.

La Virgen en el balcón

Y al mismo tiempo quisiera añadir otro pequeño comentario con una autocrítica necesaria para todos los que somos hijos e hijas de Don Bosco. Todo se reduce a esto: el espíritu de Dios llega donde quiere y toca los corazones de sus fieles de una manera que sólo Él sabe cómo hacerlo. Este es el caso de la devoción a la Madre del Hijo de Dios, y mi nota crítica es que no en todas las partes del mundo se ha dado a conocer a la Madre del Cielo, nuestra Madre Auxiliadora, de la misma manera, con la misma intensidad, con la misma pasión apostólica. Hay lugares en los que hemos desarrollado escuelas, en los que hemos dado pasos, en los que ciertamente hemos servido al bien de la gente, pero no hemos conseguido darla a conocer y hacerla amar.

Esto sería incomprensible para Don Bosco. Le diré que para mí es igualmente incomprensible e inaceptable. Porque, además, si en la familia de Don Bosco hubiera personas que no se refirieran a María Auxiliadora, serían otra cosa, pero no serían hijos e hijas de Don Bosco. Ella, la Madre, y la devoción a María Auxiliadora como Madre del Señor y madre nuestra no es opcional en el carisma salesiano, como no lo era para Don Bosco. Es, sencillamente, esencial. "María Santísima es la fundadora y será el sostén de nuestras obras", solía

repetir continuamente Don Bosco, “Ella será generosa con nosotros en dones temporales y espirituales, será nuestra guía, nuestra maestra, nuestra madre. Todos los bienes del Señor nos llegan a través de María”.

En uno de sus sueños, Don Bosco vio a una Señora muy noble vestida regiamente, que salía de su balcón gritando: “Hijos míos, venid, cobijaos bajo mi manto”.

Es mi ferviente deseo que Ella, la Madre del Hijo amado, Ella, la Auxiliadora de los Cristianos, siga siendo tan especial en todas partes del mundo como lo es en la “ciudad del calor eterno” (Piura-Perú).

Feliz Fiesta de María Auxiliadora a todos en todo el mundo.

ADMA – Un itinerario de santificación y apostolado según el carisma de Don Bosco

La Asociación de María Auxiliadora (ADMA) fue fundada el 18 de abril de 1869 por Don Bosco, como segundo grupo de su obra, después de los Salesianos, con el objetivo de “promover las glorias de la divina Madre del Salvador, para merecer su protección en la vida y particularmente en el momento de la muerte”.

La Pía Asociación de María Auxiliadora se fundó tras la inauguración de la Basílica dedicada a la Santísima Virgen, que tuvo lugar el 9 de junio de 1868 en Turín. Con la construcción de la Basílica, Don Bosco vio con sus propios ojos la realización del famoso sueño de 1844, en el que la

Virgen María, a semejanza de una pastora, le hizo ver “una estupenda y alta Iglesia” en cuyo interior había “**una banda blanca, en la que en grandes letras estaba escrito: HIC DOMUS MEA, INDE GLORIA MEA**”. Muchas personas, especialmente del pueblo, habían contribuido con ofrendas a la construcción del Santuario en señal de gratitud por las gracias recibidas de María Auxiliadora. Los fieles habían hecho “repetidas peticiones para que se iniciara una piadosa Asociación de devotos que, unidos en un mismo espíritu de oración y piedad, rindieran homenaje a la gran Madre del Salvador, invocada bajo el título de Auxilio de los Cristianos”. Esta petición popular – realizada a pesar de que en Turín existía una antigua (siglo XII) y fuerte devoción a Nuestra Señora bajo el título de la Consolata- indica que la iniciativa vino de arriba.



Cúpula de la Basílica Maria Ausiliatrice, Turín, Italia

Así se comprende también el motivo de la solicitud de aprobación de la Asociación hecha por el propio Don Bosco: “*El suscripto expone humildemente a V. E. que con el único deseo de promover la gloria de Dios y el bien de las almas tendría en su ánimo que en la iglesia de María Auxiliadora, hace un año consagrada por V. E. al Culto divino, se iniciara una piadosa unión de fieles bajo el nombre de Asociación de los Devotos de María Auxiliadora: el objetivo principal sería promover la veneración del Santísimo Sacramento y la devoción a María Auxilium Christianorum: un título que parece ser del agrado de la Augusta Reina del Cielo*”. Su petición no sólo fue aceptada, sino que en menos de un año desde su fundación (febrero de 1870) la Pía Asociación de María Auxiliadora se convirtió en Archicofradía.

El nombre “ADMA” que Don Bosco dio a esta asociación, significaba la Asociación de los Devotos de María Auxiliadora, donde la palabra “devotos” refleja lo que San

Francisco de Sales enseñó: “La devoción no es otra cosa que una agilidad y vivacidad espiritual, con la que la caridad realiza sus operaciones en nosotros, y nosotros operamos a través de ella, pronta y afectuosamente”. Esta devoción se especifica aún más: “Don Bosco, consciente de nuestras dificultades y fragilidad, dio un paso más, aún más hermoso: no somos devotos en general, sino devotos de María Auxiliadora”. En su experiencia, el don del amor que une al Padre y al Hijo (la gracia) y que impulsa a la acción (la caridad), pasa explícitamente, casi sensiblemente, por la mediación maternal de María”, como señala el sucesor de Don Bosco, el P. Ángel Fernández Artime.

Don Bosco fundó ADMA para compartir la gracia y difundir y defender la fe del pueblo, irradiando en el mundo la veneración a Jesús Eucaristía y la devoción a la Virgen Auxiliadora, dos pilares de nuestra fe. Esta semilla sembrada por el santo se ha extendido hoy a 50 países de todo el mundo, con unos 800 grupos adscritos a ADMA Primaria de Turín.

Hoy en ADMA, en la escuela de Don Bosco, se siguen caminos de oración, apostolado y servicio, según un estilo familiar. Se vive y se difunde la devoción a la Eucaristía y a María Auxiliadora, valorando la participación en la vida litúrgica y la reconciliación. La formación cristiana se orienta a imitar a María en la vivencia de la “espiritualidad de la vida cotidiana”, buscando cultivar un ambiente cristiano de acogida y solidaridad en la familia y en los propios lugares de vida.

Con ocasión del 150 aniversario de la fundación de ADMA, el sucesor de Don Bosco, en su carta “¡Confía, confía, sonríe!”, dejó a la Asociación algunas instrucciones. La invitación es a dejarse guiar por el Espíritu Santo para un renovado impulso evangelizador, anclado en los dos pilares, la Eucaristía y la devoción a María Auxiliadora, con algunos énfasis:

– **vivir un camino de santidad en la familia**, dando testimonio principalmente a través de la perseverancia en el amor entre los esposos, entre padres e hijos, entre hermanos y

hermanas, entre jóvenes y ancianos;

– **llevar a la Virgen al hogar**, imitando a María en todo lo que se pueda;

– **ofrecer un itinerario de santificación y apostolado**, sencillo y accesible a todos;

– **participar en la Eucaristía**, sin la cual no hay camino de santidad;

– **confiarnos a María**, convencidos de que nos llevará «de la mano» para conducirnos al encuentro con su Hijo Jesús.

Los momentos privilegiados para vivir y difundir la dimensión popular de la devoción a María Auxiliadora, y para pedir gracias, son las prácticas de piedad: la conmemoración del 24 de cada mes, el rosario, la novena de preparación a la fiesta de María Auxiliadora, la bendición de María Auxiliadora, las peregrinaciones a los santuarios marianos, las procesiones, la colaboración en la vida parroquial.

Los miembros de ADMA forman parte del gran árbol de la Familia Salesiana, un movimiento de personas promovido por Don Bosco, bajo la guía de María Auxiliadora, para la misión juvenil y popular: “Debemos unirnos -escribió en 1878- entre nosotros y todos con la Congregación... apuntando al mismo objetivo y utilizando los mismos medios... como en una sola familia con los lazos de la caridad fraterna que nos impulsa a ayudarnos y apoyarnos mutuamente en beneficio del prójimo”. En la Familia Salesiana, ADMA conserva la tarea de subrayar la particular devoción eucarística y mariana vivida y difundida por San Juan Bosco, devoción que expresa el elemento fundador del carisma salesiano. En esta perspectiva, entre otras cosas, ADMA promueve para toda la Familia Salesiana el Congreso Internacional de María Auxiliadora, cuya próxima edición se celebrará en Fátima del 29 de agosto al 1 de septiembre de 2024. El título elegido para este evento será “Yo te daré la maestra”, en recuerdo del sueño de nueve años de Don Bosco, del que se celebrará el 200 aniversario.

Para conocer mejor a ADMA, además de la página web admadonbosco.org, también se puede seguir su hoja mensual de formación y comunión “[ADMA en línea](#)” y su serie de libros “[Cuadernos de María Auxiliadora](#)”, ambos en el mismo sitio. También puedes seguirlos en los canales de las redes sociales [Facebook](#) y [Youtube](#), y un folleto puede descargarse desde [AQUÍ](#).

Don Bosco, la Salette, Lourdes

En este mes que nos recuerda las apariciones de Lourdes, aprovechamos para señalar el error en el que, hace algún tiempo, cayó el autor de una anti-hagiografía de Don Bosco en su intento de ridiculizar la devoción a María Auxiliadora.

Dicho ensayista escribió:

“En tal impregnación del culto mariano, de historia casi sub specie Mariae, sorprende no encontrar huellas, en la vida de Don Bosco, de acontecimientos tan importantes como las apariciones de La Salette (1846) y de Lourdes (1858); y sin embargo todo lo que sucedía en Francia en Turín fue muy resentido, mucho más que lo que se desplegó en Italia. No comprendo esta ausencia de ecos. ¿Fue el manto de María Auxiliadora y de la Consolata lo que formó una celosa barrera contra otras protecciones y descensos de la misma figura?”

Lo verdaderamente asombroso aquí es la sorpresa de un escritor que no desconoce las fuentes salesianas, porque Don Bosco habló y escribió repetidamente sobre las apariciones de La Salette y Lourdes. En 1871, es decir, unos tres años después de la consagración de la iglesia de María Auxiliadora y del compromiso de Don Bosco de difundir la devoción, él mismo recopiló y publicó como número de mayo de sus “Lecturas

Católicas”, el opúsculo titulado: Aparición de la Santísima Virgen en el monte de La Salette. En este pequeño volumen de 92 páginas, que tuvo una tercera edición en 1877, Don Bosco describió la Aparición en todos sus detalles, pasando luego a otros hechos prodigiosos atribuidos a la Virgen.

Dos años más tarde, en 1873, publicó, como número de diciembre de las mismas “Lecturas Católicas”, el opúsculo titulado: Las Maravillas de Nuestra Señora de Lourdes. El número salió anónimo, pero iba precedido de un anuncio “A nuestros oportunos benefactores y lectores” firmado por Don Bosco.

En las Memorias Biográficas

Y eso no es todo. En las Memorias Biográficas, al describir la primera fiesta de la Inmaculada Concepción celebrada en la Casa Pinardi de Valdocco el 8 de diciembre de 1846, el biógrafo, P. Juan Bautista Lemoyne, afirma que la fiesta fue “animada aún más por la fama de una aparición de Nuestra Señora en Francia, en La Salette”; y continúa: “Este era el tema favorito de Don Bosco, repetido por él cien veces”.



A los hipercríticos la expresión “cien veces” les parecerá exagerada, pero quienes conocen nuestra lengua saben que para nosotros significa simplemente “muchas veces” (“te lo he repetido cien veces”). Y “muchas veces” no significa “pocas”, ni mucho menos “nunca”.

En las mismas Memorias encontramos escrito el 8 de diciembre de 1858:

“Contento Don Bosco con tales estímulos celebraba la fiesta de la Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María. Tanto más cuanto que en este año un acontecimiento portentoso había hecho resonar en el mundo entero la gloria y la bondad de la Madre celestial y Don Bosco lo había narrado varias veces a sus jóvenes y más tarde había dado cuenta de ello a la prensa”. Se trataba, evidentemente, de Lourdes.

Hay más. Una crónica del año 1865 relata las “Buenas noches”,

o sermón vespertino a los jóvenes, pronunciado por Don Bosco el 11 de enero de ese año:

“Quiero contaros cosas magníficas esta noche. Nuestra Señora se dignó aparecerse muchas veces en pocos años a sus devotos. Se apareció en Francia, en 1846, a dos niños pastores, donde, entre otras cosas, predijo la enfermedad de las patatas y de las uvas, tal como sucedió; y lamentó que la blasfemia, trabajar los días de fiestas, el permanecer en la iglesia como perros, hubieran encendido la ira de su Divino Hijo. Se apareció en 1858 a la pequeña Bernardita, cerca de Lourdes, recomendándole que rezara por los pobres pecadores...”.

Nótese que en ese año habían comenzado las obras de construcción de la iglesia de María Auxiliadora; sin embargo, Don Bosco no olvidó las apariciones marianas en Francia.

Basta con buscar en el Boletín Salesiano para encontrar muchas referencias a Lourdes y a la Salette.

¿Cómo puede insinuarse, entonces, que “el manto de María Auxiliadora” formaba como “una celosa barrera contra otras protecciones y descensos de la misma Figura?” ¿Cómo puede decirse que en la vida de Don Bosco faltan huellas de acontecimientos tan importantes como la Aparición de La Salette (1846) y Lourdes (1858)?

Nosotros, que vamos siempre en busca de la “curiosidad”, también hemos querido dejar constancia de esto, que revela como ciertos ensayos tienen muy poco que ver con un conocimiento histórico auténtico y serio.